

Itinerarios por las Alpujarras

Paseo a los Baños del Piojo -Cástaras-

José Pastor González · Carlos Gil Palomo
ilustraciones: Juárez · fotografías: Kate Megeary



ediciones RaRo

Paseo a los Baños del Piojo -Cástaras-

José Pastor González y Carlos Gil Palomo



El viajero coge en Granada la Alsina-Graells a las seis de la tarde llegando a Torvizcón pasadas las ocho. El taxi que une los pueblos de esta zona le sube a Cástaras y le deja en la plaza de la Iglesia. A aquellas horas de la tarde, la gente del pueblo charla en grupos, sentada en los escalones de la Placeta o a la puerta de la iglesia. En Posada María encuentra alojamiento, cena y conversación. Después de dar cuenta de unas chuletillas de cordero conversa con Juan “el de Guillermo” y Sergio. Así se entera, entre otras historias, de la existencia de unos baños, llamados “del Piojo”, hoy abandonados pero que en tiempos tuvieron fama y reconocimiento entre la gente de La Alpujarra. El viajero decide hacer una visita a los Baños y pregunta cómo llegar. Juan “el de Guillermo” le convence para que en vez del camino más corto (el del cementerio) tire por el de Notáez, que tiene mejor paisaje, volviendo por el de abajo, el que lleva al cementerio y el más utilizado para llegar a los Baños.

Al día siguiente, siguiendo los consejos dados, madruga para evitar las horas de más calor y tras desayunar donde

Matea, emprende el camino. La senda parte de detrás de Posada María y sigue un buen trecho del GR-142, el antiguo camino que unía Cástaras con Notáez. El frescor, la sombra y la vegetación ribereña acompaña al viajero durante un instante, pero enseguida lo abandona para trepar por un apacible camino entre encinas, almendros, retamas y bolinas. El viajero, entre unos chaparros, hace un alto en el camino para dar un tiento a la bota de vino y para contemplar la Contraviesa con sus almendros, viñedos y cortijos. Atrás ha dejado Cástaras, con sus blancas casas y la vegetación ribereña serpenteando por el barranco de Juviles.

Reemprendiendo la marcha, poco después se divisa Notáez en el fondo del valle del Guadalfeo. Cuando el viajero baja hacia Notáez, debe de estar atento para coger la senda que le lleve a Los Baños del Piojo. Cuando lleve 50 metros bajando, a mano izquierda, unos pilones del GR-142 (que indican que aquel camino no es el que lleva a Notáez) y una pizarra donde alguien escribió: “A los Baños del Piojo”, se encuentra la vereda que debe tomar. Siguiendo esta senda (y guiándose por unas estacas naranjas que marcan el camino) el viajero en menos de media hora llega a tener enfrente el edificio principal de los Baños. Bajando como sus piernas le dan a entender llega hasta el fondo del barranco.

Una vez abajo, entre álamos blancos, sauces, mimbreras, adelfas, cañas, borrachas y zarzamoras, encuentra dos pequeños edificios en ruinas. Según le dijeron ayer noche, uno de estos edificios (el que ahora está cubierto de lodo y eneas) disponía de dos albercas de agua fría donde la gente podía tomar las aguas. En el otro, los baños propiamente dichos, todavía se puede observar la tubería de hierro que llevaba el agua, la caldera donde se calentaba, los vestuarios y las bañeras con sus grifos. Estas aguas fueron (y seguirán siendo, piensa el viajero) buenas “para los eccemas, para mudar la piel, cuando se estaba desollado y también para los reúmas”. Estas aguas aunque son de color claro (y frías) dejan un lodo rojizo o sarro ferruginoso (caparrosa) a su paso. El viajero, por curiosidad,

llena una botella de esta agua con la intención de que se la analice el farmacéutico de Cástaras.

Subiendo al edificio que vio desde el camino y recorriendo sus dependencias y habitaciones, descubrirá que los Baños tenían almazara, prensa, aljibes, varias fuentes, dos eras, gallinero, un altar y más de 20 habitaciones (con chimenea) para los que venían a tomar las aguas. Rebuscando entre los papeles que hay desperdigados por el suelo también se entera de un par de curiosidades. En uno estos papeles se dice que aquellos baños también se llamaron “Balneario de la Salud”. En una carta se informa que aquel lugar tenía el privilegio de “intronización” por el Corazón de Jesús, desde el día 3 de Mayo de 1935. Pero lo que más llama la atención al viajero es un cuaderno, que perteneció a Josefina, con recetas de cocina, medidas de modista y consejos para ungüentos varios. Al viajero le resulta curiosa la receta para limpiar el pelo y a continuación la transcribe para sí a alguien le sirviera.

Receta para limpiar el pelo:

A un litro de vino, una onza de quina, una rama de romero, media cajita de tabaco fuerte, un puñado de bellotas y patas de perdiz, se cuece media hora o una hora. Se enfría y ya frío se lava el pelo. Después si se quiere se aclara con agua. También se limpia el pelo con carbonato cristalizado que forma espuma como el jabón. Se compra en farmacias.

Además de la referida, con letra de caligrafía, Josefina escribió cómo hacer lacre, pan de higo, butifarra, batatas con miel, leche frita ...

Leche frita

Con leche se hace una gacha dura sazonándola con una poca azúcar. Así que esta cocida se vierte en una fuente honda. Se deja que se enfríen y frías se cortan en rodajas de un dedo de grosor y se fríen. Se les espolvorea de azúcar y canela molidas. Se sirven templadas para desayuno.

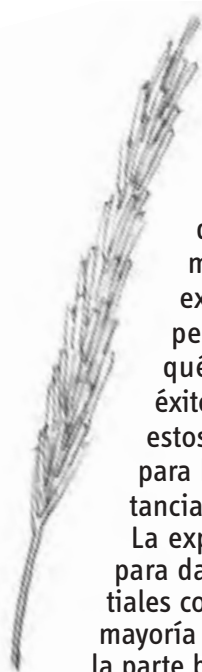
Desde el edificio, junto a unos nísperos (nísperos llamados por esta zona) sale un camino empinado entre pitas que nos llevará, en menos de media hora, al cementerio. Con ayuda de un libro titulado “Sobre las Plantas Silvestres de Cástaras” el viajero va identificando los hierbajos que encuentra en su paseo: borrachas, cantuesos, matagallos, chirrines, altabaca, colecicas...

Más tarde se entera que el talud pelado y blanco que hay antes de llegar al cementerio es llamado “Las Yeseras”. Allí hasta hace bien poco los castareños extraían y elaboraban el yeso para la mezcla que utilizaban en sus casas.

A la puerta del cementerio el viajero se toma un respiro y escucha el rumor salvaje del arroyo y el canto de las chicharras. Vuelan golondrinas, aviones comunes y un cernícalo. Llega a Cástaras cuando el sol ya calienta en demasía y en la Posada se refresca con unos vasos de clarete del cortijo del Castillejo y una ración de jamón.

Con unos libros que le prestan, busca una sombra y se entretiene en leer sobre La Alpujarra y sus gentes. El viajero quiere destacar de lo leído, que en el entorno de Sierra Nevada hay más de 200 manantiales de interés termo-medicinal. Y que algunos ya eran conocidos de antiguo. Así por ejemplo, los de Pórtugos, Lanjarón y Mecina Fondales, entre otros, vienen siendo citados desde el siglo XVIII.

En 1850 había cinco grandes balnearios en la provincia de Granada: Zújar, Graena, la Malahá, Lanjarón y Alhama (Alhama significa, en árabe, el baño), aunque ya por esas fechas se conocían a nivel local las virtudes medicinales de las



aguas ferruginosas de los Baños del Piojo. Así, en el Diccionario geográfico-histórico de Madoz (1845-1850), se puede leer: “a una distancia de un cuarto de legua de Cástaras, se encuentran los Baños del Piojo, cuyas aguas, en cantidad igual al grueso de una pierna.... son detenidas... por un muro de piedra y tierra; son minerales frías, y mucho más en su nacimiento, excelentes para curar toda enfermedad cutánea; pero no se han analizado y por tanto se ignora a qué otras dolencias podrían aplicarse con buen éxito. En la temporada de estío son muy concurridos estos baños, a pesar de no haber comodidad alguna para hospedarse, más que un miserable cortijo a distancia de 200 varas en su parte superior”.

La explicación más sencilla que encuentra el viajero para dar a entender la existencia de fuentes o manantiales con sustancias ferruginosas, gaseosas ... es que la mayoría de estas fuentes y manantiales están situadas en la parte baja de la sierra. Por lo tanto las aguas han recorrido un buen trecho antes de salir a la superficie impregnándose, en este recorrido, de las distintas sustancias en disolución de los terrenos por donde han ido pasando.

A la caída de la tarde, con la fresca, el viajero entra a la iglesia a ver su artesanado mudéjar y a contemplar la imagen de San Miguel, uno de los patronos, junto a la Virgen de Fátima, del pueblo de Cástaras.

También sube al barrio medio y al barrio alto y le sorprende que el barrio alto tuviera una escuela. Hoy el barrio alto está casi abandonado, sólo viven 4 personas y las escuelas de Cástaras están vacías, no hay niños y al viajero le han dicho que en invierno en el pueblo no hay más de 50 habitantes.

En “El Hogar del Jubilado” le dicen que Carmen, una mujer del pueblo, trabajó en los Baños del Piojo, así que se va

a buscarla. Carmen, peina canas pero su sonrisa y sus ojos son juveniles y claros. Gasta mandil, pendientes dorados, cayao para sus pies cansados y sandalias.

Carmen describe los Baños como un lugar autosuficiente, como una gran cortijada. Allí se hacía el pan, la matanza, se molía aceituna (dando un aceite de gran calidad). Había colmenas, aves de corral, cerdos, cabras, frutales, huertas (muchos de sus productos -habichuelas, patatas, tomates...- se vendían a los que se alojaban en el balneario). También se hacían ladrillos, se trabajaba la madera y se luchaba por vivir en unos años en que la vida no debía ser muy fácil para nadie.

Aunque al viajero le han dicho que el nombre de “El Piojo” le viene de que su dueño era un hombre muy chiquitito, Carmen piensa que le viene porque a mucha de la gente que iba a este lugar, con las pupas, “conchillas” y eccemas de la piel les salían piojos (ácaros), de ahí ese mote.

Había un prospecto que citaba una larga lista de enfermedades para las que era buena esta agua: para el reuma, para los eccemas y comezones, para mudar la piel, para sanar la tosferina, y otras dolencias de las que ya no se acuerda; pero también algunos bebían sus aguas y curaban ciertos problemas del estómago.

Su virtud era destacada, porque mucha gente repetía todos los años. Carmen recuerda con una sonrisa que lo frecuentaban mucha gente de Bérchules y de Juviles pero que también venía gente de otros lugares más alejados.

Los enfermos de reuma utilizaban las bañeras de agua caliente. Éstas tenían dos grifos, uno para el agua fría y otro para la caliente. Después del baño, el enfermo se tenía que tapar con un cobertor o manta para que sudara y el tratamiento resultara efectivo. Si el paciente se enfriaba, el remedio no funcionaba. La gente solía estar de 15 a 20 días. Unos eran pupilos y se les daba alojamiento, comida - se les rancheaba, dice Carmen que estaba encargada de ello- y se les lavaba la ropa. Otros, que llevaban su propia comida o la compraban allí mismo, rancheaban por su cuenta. Carmen no recuerda cuánta









gente se podía alojar en Los Baños, pero sí tiene presente que había muchos edificios alrededor del principal destinados a los que venían a tomar las aguas. Algunos, los menos, pernoctaban en la vieja posada del pueblo.

El viajero pregunta si en los baños vivía algún médico y le contestan, no sin cierta razón, “que qué mejor médico que las aguas”.

Los que tenían otras enfermedades o sólo iban a disfrutar de un baño reparador, disponían de dos albercas de agua fría junto al río (las que el viajero vio cubiertas de lodo y eneas). Una para los hombres, la otra para las mujeres, separadas ambas por un pasillo.

Carmen dice que los baños como tal dejaban de funcionar en invierno, pero que en el cortijo la vida seguía igual, y siempre había faena que hacer. Al preguntarle el viajero por qué hay todavía tantas revistas religiosas en los Baños, Carmen recuerda que sus dueños eran muy devotos, tanto como para tener un altar con la Virgen de Fátima. Aunque todos los domingos, para recibir la misa, los visitantes y trabajadores de los Baños tuvieran que acercarse hasta la iglesia de Cástaras.

Carmen se despide del viajero con una sonrisa y deseándole buen viaje. Éste se fuma un cigarro junto a la fuente de Los Cuatro Caños y pierde el tiempo mirando volar las golondrinas.

Cena en la Posada María y cuando en el pueblo ya sólo se oye el agua de la fuente, se va a dormir. Ya en la cama, con un libro en las manos, decide que se queda unos días más en Cástaras y que tal vez mañana suba hasta el Portichuelo.

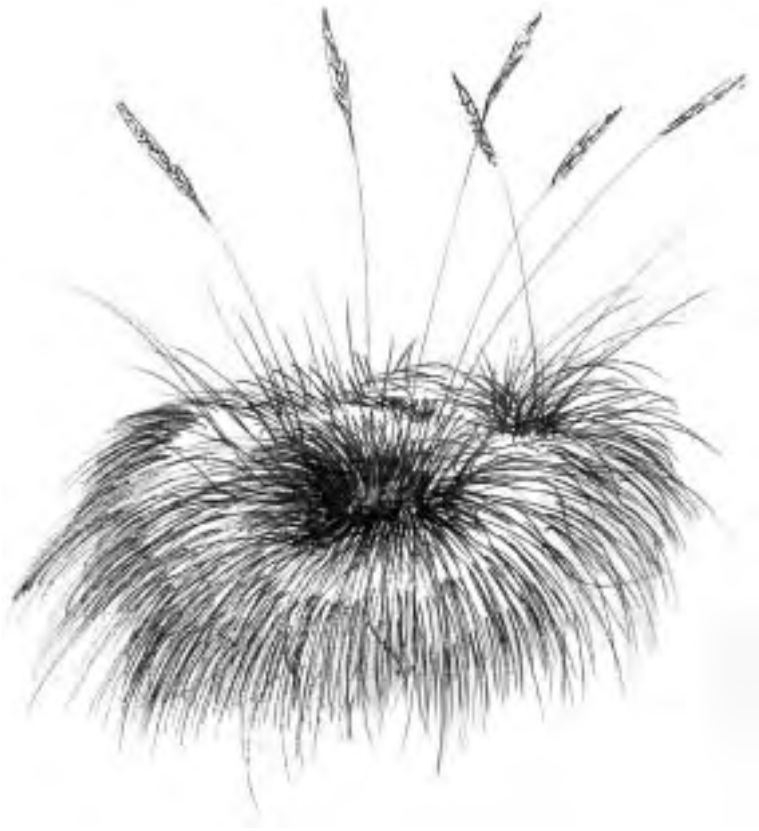
EL BOSQUE DE LOS BAÑOS

En los ambientes secos y calurosos la importancia y significado del agua es muy visible. Los animales y las plantas necesitan agua para vivir y, salvo algunas especies adaptadas, la gran mayoría requieren del frescor y de la humedad para perpetuarse.



álamo

El bosque de ribera de los Baños es un verdadero oasis en un entorno demasiado yermo, potenciado por el abandono. Un verde intenso marca los límites de este hábitat, donde conviven especies propias como la oropéndola, la mirla, las torcazes, los pájaros carpinteros y otros cantarines. Pero a él también llegan animales de las zonas aledañas (cabra montés, jabalí, perdices, etc.)



esparto

En la banda más próxima al agua crecen las adelfas, que, en este caso, pueden ser las más altas de la zona, con más de seis metros. Más alejados encontramos añosos y gruesos álamos blancos (*Populus alba*, *P. x canescens*), comidos, en algunos casos, por la comezón, y álamos comunes (*Populus nigra*) y largas cañas; borrachas (*Coriaria mirtyfolia*); mimbres; zarzamoras, que lo invaden todo y que hacen algunos tramos inaccesibles al paseante. Un gran castaño, un poco más alejado, pervive ante el abandono gracias al frescor de estas aguas y del ambiente creado por este bosque.

Por los alrededores algún almez, alguna acacia y, sobre todo los ailantos, que han aguantado bastante bien el paso del tiempo. También algún buen durillo (*Rhamnus alaternus*), ya difíciles de encontrar de este tamaño por otros lugares. En las laderas se mantienen algunos olivos y bastantes almendros. Los chaparros de encina están presentes en los barranquillos y de una manera aislada. Algunas esparteras están cercanas a los baños y allí iban a buscarlas por la longitud de sus fibras.

La utilidad directa de todas estas plantas para el hombre es -o era- muy significativa. Con las ramas de las mimbres se hacían cestos; con las cañas, cañizos y el armazón de las paredes y de los techos de las construcciones; con el ramaje de la adelfa el “malhecho” o cama de la launa en los techados. Con los álamos y los fresnos se conseguían las vigas y del castaño no hace falta decir nada.

Otras plantas eran ornamentales y creaban un entorno hospitalario. De las que quedan destacamos una gran palmera canaria, que marcaría la presencia del cortijo y con la que se hacían unas buenas escobas. Algunos laureles y un par de nísperos del Japón, justo enfrente del edificio principal y a partir del cual comienza el camino de regreso a Cástaras. Alguna yuca, aloes, hiedras, espiraeas, etc.

Los frutales serían numerosos: granados, naranjos, manzanos, gamboas..., todo lo necesario para el sustento de los visitantes y de los trabajadores.

En definitiva, un bosque singular y escaso, que sería importante conservar por su importancia ecológica, paisajística y cultural.

La Yesera de Los Miranda

Cuando el viajero vuelve de Los Baños del Piojo, antes de llegar al cementerio, pasa por lo que fue una yesera, llamada de Los Miranda, porque éstos eran sus dueños. La ladera está desnuda de toda vegetación, sólo las colecicas y el romero viven en ella, y presenta una gran pendiente.

El yeso se elaboraba allí mismo y, para ello, se extraía con picos, se colocaba apilado dentro de hornos de piedra en forma de cúpula y, con una lumbre de leña menuda, se cocía por debajo. Al día siguiente, ya se podía majar con una maza de madera y se cribaba.

Es una yesera antigua, puesto que hará unos 50 años que se dejó de utilizar. Con el yeso se enfoscaban paredes y techos de interior.

Itinerarios por las Alpujarras

Paseo a los Baños del Piojo

© ediciones RaRo, diciembre de 2006

Depósito Legal: J-150-2004

edicionesraro@hotmail.com

diseño gráfico: Thomas Donner



ediciones RaRo



EMPRENDEDORES RURALES ANDALUCES
GRUPO DE DESARROLLO RURAL
DE ALPUJARRA- SIERRA NEVADA

